

Ya en vida de Enrique en 1580 se había formado en el cabildo de la catedral de Paderborn un partido ultramontano á cuya cabeza se hallaba el preboste de la catedral Furstenberg, hombre de tanta sutileza como energía, que perseguía sus propósitos impertérrito, pero evitando y rodeando prudentemente los obstáculos sin perder por eso de vista su objeto. En julio de 1580 logró que el cabildo adoptara la resolución de no admitir en adelante en su seno mas que católicos, y á su excitación llegaron en el mismo año á Paderborn desde Heiligenstadt los primeros jesuitas. Estos en su nuevo domicilio tuvieron que combatir con mayores dificultades cuando se manifestó allí bajo la influencia del asunto de Colonia una agitación favorecida por Enrique, reclamando la libertad del culto protestante. La suerte de Gebhardo influyó por lo mismo en gran manera en el obispado de Paderborn, porque el cabildo cobró nuevo ánimo. Entonces los jesuitas obtuvieron mejores resultados, y á mediados del año 1585 se vieron dueños exclusivos del instituto de segunda enseñanza de aquella ciudad. Por lo mismo no era fácil que á la muerte del arzobispo Enrique de Bremen se eligiera para la silla episcopal citada un sucesor inclinado á la política y al partido del difunto. El príncipe bávaro Ernesto, que ya poseía cinco obispados, se presentó también candidato en el de Paderborn, pero el cabildo prefirió elegir al jefe del partido ultramontano Furstenberg, que emprendió enérgicamente la restauración del catolicismo en su obispado.

La población era casi enteramente protestante; y aun en el año de 1590 la de las llamadas cinco aldeas de Paderborn se mantuvo firme en su fé luterana, tanto que los jesuitas que auxiliaban con todas sus fuerzas á Furstenberg se lamentaron del suelo estéril de Paderborn; pero quince años después ya quedó exterminado ó poco menos el protestantismo en aquel país.

Furstenberg solicitó también la silla de Osnabruck, pero sin éxito, porque fué elegido el conde Bernardo de Waldeck, canónigo de la catedral de Colonia, que si bien favorecía al catolicismo dejó libre la religión protestante. A su muerte fué elegido por sucesor suyo el hijo del duque Julio de Brunswick Wolfenbuttel, llamado Felipe Segismundo, que profesaba la religión protestante y era ya obispo de Verden.

El catolicismo tampoco recuperó después de la muerte de Enrique el arzobispado de Bremen. Fué elegido administrador de este arzobispado el duque Juan Adolfo Holstein Gottorp que solo contaba diez años de edad y que poco después fué nombrado también obispo de Lubeck.

El duque Enrique Julio de Brunswick, de opiniones protestantes, renunció á la silla de Minden porque se proponía casarse; y no habiendo el cabildo podido ponerse de acuerdo sobre la elección de su sucesor, el arzobispo Ernesto como metropolitano de Minden (1587) encargó la administración de aquel obispado al conde católico Antonio Schaumburg.

De esta manera, poco después de la decisión de la cuestión de Colonia, todas las sillas episcopales de Westfalia, con excepción de Verden y de Osnabruck, se encontraron en manos de católicos, y la casa de Baviera no solamente sostuvo su posición ganada en el Norte, sino que también la robusteció mas todavía, pues á la muerte del arzobispo Ernesto, ocurrida en 1612, le sucedió en Colonia, Lieja, Munster é Hildesheim su sobrino Fernando, hijo del duque Guillermo V. A la muerte de Furstenberg en 1618 obtuvo Fernando también la silla de Paderborn, y mas adelante, en 1625, en medio de las confusiones de la guerra de Treinta años, un sobrino del arzobispo Ernesto Francisco Guillermo conde de Wartenburg obtuvo la silla de Osnabruck; en 1629 adquirió la de Minden, y en 1630, aunque solo pasajera-

mente, de suerte que durante algun tiempo se encontraron en poder de la Baviera todas las sillas episcopales incluso la arzobispal de Colonia, es decir, todo un reino de obispados.

#### TRIUNFOS SUCESIVOS DEL ULTRAMONTANISMO

No fué solamente la suerte de la Alemania del Noroeste la que dependió del suceso de Colonia; también ejerció este suceso una influencia ominosa sobre el Mediodía de Alemania.

La política restauradora, que hasta entonces se había tenido prudentemente algo apartada, empezó á extenderse sobre el Imperio con súbita energía, y el ejemplo del abad Baltasar de Fulda y el que había dado el arzobispo Daniel de Maguncia en la comarca de Eichsfeld, que hasta entonces habían sido ejemplos aislados, fueron á la sazón imitados en otros territorios eclesiásticos.

El obispo de Wurzburg, Julio Echter de Mespelbronn, fué el primero que demostró la actividad de estos prelados sedientos de restauración. Había estado bajo la influencia de los jesuitas en el Colegio Romano; los jesuitas se habían interesado mas que nadie por su elección, y á ellos, que ya se hallaban establecidos hacia veinte años en Wurzburg, se unió el joven obispo estrechamente, si bien durante los primeros diez años de su gobierno observó la mayor cordura para no excitar la resistencia de su nobleza protestante y del cabildo que era enemigo de los jesuitas. Evitó toda agresión contra la nueva doctrina en su diócesis y se limitó á favorecer y robustecer la situación de la religión antigua y á prepararse para el futuro ataque al protestantismo. Una de las disposiciones que adoptó con este objeto fué la fundación de la nueva universidad en enero de 1582 para que sirviera «de seminario de sacerdotes y párrocos futuros.» El nuevo establecimiento, rígidamente ortodoxo y que funcionaba enteramente bajo la influencia de los jesuitas, fué el arma mas eficaz para la propaganda ultramontana en el territorio de Wurzburg. Esta propaganda empezó sus trabajos tan pronto como se decidió el asunto de Colonia, y el mismo obispo Julio los dirigió personalmente auxiliado por los piadosos padres. Antes de 1584 emprendió la visita de todas las iglesias de su obispado. Acompañado por los padres jesuitas recorrió todo el país, expulsó á los predicadores protestantes, llamó en su lugar discípulos y alumnos de los jesuitas, destituyó á todos los funcionarios que no iban á misa y puso en su lugar otros de su confianza. Todo súbdito protestante del obispo se vió obligado á elegir entre la conversión y la emigración, de suerte que siguiéndose el ejemplo de Fulda fué conculcada también en el territorio de Wurzburg la declaración del rey Fernando. En vano representaron contra este acto los soberanos protestantes vecinos: los jesuitas trabajaron con arte la opinión de la multitud, figurando entre ellos el padre Gerardo Veller, en el cual el pueblo protestante creía ver al espíritu maligno con sus patas de cabra. Al cabo de un par de años se terminó la parte principal del trabajo, porque la mayoría de la población había cedido á la presión, y el obispado quedó casi completamente purgado del protestantismo. El trabajo de revivificación del antiguo espíritu católico fué entonces mas fácil y los jesuitas desplegaron también en esto su práctica, instalando todo el aparato atractivo y seductor de romerías, procesiones, hermandades piadosas, imágenes con sus indulgencias y milagros, devociones de la Virgen y otros medios. El obispo Julio con autorización del Papa hizo llevar á su país de todas las partes del mundo reliquias cuyo culto fué establecido con aquella pompa refinada que siempre produce el deseado

efecto sobre la torpe inteligencia de las masas. Se repoblaron los conventos, se establecieron nuevas parroquias y se construyeron nuevas iglesias cuyo número llegó, según se dijo, hasta 3,000. Estos trabajos eran admirados en Roma, donde excitaron el asombro y fueron recompensados en los términos mas entusiastas.

El obispo Ernesto de Mengersdorf, el vecino eclesiástico de Julio Echter en Bamberg, cuya silla ocupó desde 1583 hasta 1591, se propuso imitar á su colega.

En 1582 dotaron los Fugger á los jesuitas de Augsburgo con un colegio de enseñanza; en 1585 el obispo de Augsburgo fundó un seminario católico en la universidad de Dillingen, y no tardaron los jesuitas de esta institución en tener fama entre los protestantes de ser los mas peligrosos en el Imperio alemán. También en esta última diócesis los jesuitas excitaron á la persecución contra los habitantes protestantes, siendo el primer acto la expulsión de los predicadores de esta religión.

En Salzburgo vivía desde 1580 el arzobispo Jorge de Khuenburg y desde 1587 el joven Lupo Teodorico de Reichenan. Ambos y el obispo Urbano, su colega en Passau, fanático por la restauración católica, procedieron con tal violencia que produjo la primera emigración de Salzburgo porque la mayor parte de los habitantes de la capital, antes que abandonar su fé protestante, prefirieron emigrar de su hermosa patria que el arzobispo se esforzaba en transformar en una segunda Roma.

En otros territorios eclesiásticos sucedió generalmente lo mismo. En algunos como en el de Bamberg y Salzburgo hubo alguna suspensión de persecuciones y hasta algun movimiento contrario á la restauración católica, pero esto fué cosa pasajera, y aunque en varios puntos el movimiento restaurador empezó mas tarde, se hallaba á fines del siglo generalizado y en muchas partes completamente concluido.

Gradualmente se fué haciendo la Baviera, bajo el gobierno del duque Guillermo V, protectora del ultramontano. El país estaba entregado enteramente á la influencia de los jesuitas que en su soberano tenían un alumno á quien podían contar entre sus admiradores mas entusiastas. Con frecuencia invitaba á los jesuitas á su mesa, donde ocupaban el puesto de honor; les confió la vigilancia de la educación de sus hijos y eligió entre ellos á sus capellanes, predicadores y confesores. Dió á toda su vida un carácter jesuítico, dedicando diariamente una hora á meditaciones espirituales, cuatro horas á oraciones hechas de rodillas y todo el resto del tiempo libre á la lectura de autores ultramontanos. No pasó semana sin que confesara y comulgara. Con grandísimo celo tomó parte en las procesiones y romerías y se impuso las penitencias mas duras llevando áspero sayal. Jamás se cansó de dar á aquellos piadosos padres las mas costosas pruebas de su veneración. Fundó nuevos colegios en Regensburg y Altotting y construyó para los jesuitas en 1582 la iglesia de San Miguel, la primera que poseyeron en Munich, y un magnífico palacio, concediéndoles continuamente nuevas dotaciones y fundaciones. Fué el primero que dedicó un altar á san Ignacio de Loyola, y en general no rehuyó ningun gasto para fines eclesiásticos y religiosos. Atendida su afición á las artes y á la suntuosidad innatas en su familia, gastó sumas inmensas en construcciones de iglesias, en reliquias y regalos votivos, todo lo cual arruinó todavía mas al país, ya cargado de deudas á la muerte de su padre. De esto no se cuidaba, teniendo solo fijo su pensamiento en hacer de la Baviera el paraíso del ultramontano. Todo su afán era restaurar el antiguo catolicismo y acabar con la religión nueva. Ya hemos visto como instó á su hermano Ernesto

para conseguir el arzobispado de Colonia y para luchar allí en favor de catolicismo, auxiliándole, á pesar de sus deudas, con cuantos recursos pudo. También favoreció en otros territorios la restauración católica con celo fanático; apoyó en Eichstadt y Augsburgo la elección de obispos ultramontanos; animó al obispo de Wurzburg en sus procedimientos contra las herejías, y excitó al de Bamberg á seguir su ejemplo. Instó á su cuñado el archiduque Carlos á emprender la restauración católica en la Baja Austria y continuó los esfuerzos de su padre para amplificar la unión de Landsberg fundiéndola en una liga católica. Mantuvo correspondencia en todas direcciones en favor de la propaganda católica; y si al mismo tiempo no cesó jamás en sus esfuerzos por conseguir para su familia nuevos territorios eclesiásticos y acumular en sus hijos menores continuamente prebendas nuevas, en cambio no dejó de impulsar su solicitud por el aumento de la Iglesia católica. También fué el fomentador mas notable de la literatura ultramontana moderna militante.

En Baviera se pudo ver lo que significaba para el catolicismo la alianza de los soberanos con los jesuitas. La Baviera se hizo el apoyo mas sólido del Pontificado al Norte de los Alpes mucho mas todavía que bajo el reinado del soberano anterior, y Munich, la capital levítica, fué el centro resplandeciente del ultramontano y del catolicismo antiguo en el Imperio. En el reinado del duque Guillermo fué Munich la Roma alemana.

También fué presa del ardor ultramontano la otra gran casa soberana y láica que había permanecido fiel al catolicismo en el Sudeste del Imperio. Ya sabemos que el emperador Fernando I no pudo detener al protestantismo en su avance en los Estados hereditarios del Austria, y que el emperador Maximiliano hasta lo había fomentado por diferentes concesiones en el archiducado, en Bohemia y en Hungría, países que le habían correspondido en la repartición hecha por su padre. A la muerte de Maximiliano eran estos países casi enteramente protestantes, tanto que en la Alta Austria solo quedó un noble que profesaba la religión católica, y lo mismo sucedió en Moravia. En Bohemia era protestante la mayor parte de la nobleza y en las ciudades prevalecía el protestantismo decididamente.

Esto cambió en el reinado del emperador Rodolfo, el cual apenas hubo sucedido á su padre emprendió la persecución del protestantismo en sus territorios. Empezó su obra en el archiducado de Austria dirigiendo su primer ataque contra las ciudades porque no se atrevió á hacerlo contra la nobleza, á la cual había cedido su padre privilegios religiosos. En 1577 prohibió á los vieneses asistir al servicio divino protestante y desterró de sus territorios hereditarios en 1578 á Juan Opitz conocido por sus sermones violentos contra los jesuitas y contra todas las «abominaciones papistas,» y como él fueron desterrados todos sus correligionarios colocados en las iglesias y escuelas. Esta fué la verdadera señal de la persecución violenta de la nueva religión. A esta señal siguieron muchos destierros de clérigos protestantes que fueron reemplazados por católicos. Un decreto estableció por condición la profesión de la religión católica romana para ser admitido en la ciudad como vecino, y la universidad de Viena recibió aviso de no conceder grados académicos á nadie que no hubiese hecho antes la profesión de la fe tridentina. Un nuevo edicto de enseñanza prescribió entre otras cosas que como catecismo se usara exclusivamente el del padre Canisio. Todos los libros protestantes fueron confiscados y hasta eran rechazados en las fronteras los libros de artes plásticas si no eran rígidamente católicos. Finalmente, todos los ciudadanos protestantes que no querían hacerse católicos estaban obligados á emigrar.



Estas disposiciones produjeron naturalmente efecto. En la Baja Austria se hicieron católicas un buen número de ciudades y villas; pero la nobleza y las ciudades de la Alta Austria se mantuvieron firmes en su oposicion, por manera que solo emprendiendo una sañuda lucha habria podido ganar nuevo terreno allí el ultramontanismo.

En Bohemia encontró Rodulfo una resistencia semejante donde quiso anular las concesiones de su padre que en aquel país habian fomentado enérgicamente el protestantismo. El primer acto fué la publicacion del edicto de 1581, en el cual mandó á los «hermanos moravos» salir del país. Esta orden, que respecto de aquella congregacion quedó sin efecto, se extendió despues á los calvinistas y luteranos que fueron declarados incapaces de todo empleo público, y los que se hallaban empleados fueron destituidos. Solo se permitian en el país católicos y calixtinos. Fué destruida la escuela construida en Jung-Bunzlau para la juventud que no era católico-romana; se cerraron muchas iglesias de los protestantes y otras fueron entregadas á eclesiásticos católicos; pero á pesar de estas persecuciones no se pudo triunfar contra la nueva religion en Bohemia y sus territorios anexos, si bien se la perjudicó mucho.

Tambien continuó firme la Hungría en la nueva religion: los habitantes de las ciudades y los eslovenos del país alto eran luteranos, y los magyares eran calvinistas.

En la division de los territorios austro-habsburgos hecha por el emperador Fernando I habia correspondido al archiduque Carlos, tio del emperador Rodulfo, el Austria interior, es decir: la Estiria, la Carintia, la Carniola y Gorz. Era este archiduque hombre piadoso y devoto, inclinado como su hermano el emperador Maximiliano á la condescendencia y favorable al mismo tiempo á la unidad religiosa; pero su continua y grande penuria le obligaba á atender los deseos y exigencias de los magnates que profesaban la religion protestante. Sin embargo, desde su casamiento, verificado en 1570, con la hermana del duque de Baviera Alberto V, empezó á apartarse de su política tolerante, ya por su propia voluntad, ya dominado por su mujer, ambiciosa, católica, fanática y admiradora entusiasta de los jesuitas como todos los príncipes bávaros. Esta princesa no tardó en someter á su esposo, poco enérgico y falto de carácter, bajo su dominio y el de los jesuitas, de suerte que en el mismo año de 1570 tomó el archiduque á un jesuita por confesor y luego llamó á otros á Gratz, entonces centro del protestantismo en aquel país. El archiduque recibió á los jesuitas como ovejas que venian á introducirse entre lobos, y les aseguró que seria para ellos protector, padre y todo. En realidad cumplió pródigamente su promesa. Les facilitó la creacion de una escuela; luego fundó para ellos en 1573 un colegio, al cual añadió en 1576 y en 1579 un refectorio gratuito para los jóvenes y un seminario, y en 1585 estableció en Gratz una universidad que entregó tambien á los jesuitas bajo la condicion, segun dijo en la escritura de fundacion, de conservar la fé católica pura, inmaculada y legítima, y de convertir á los herejes á la fé antigua. No hay que decir que tambien allí emprendieron los jesuitas inmediatamente su obra de conversion, para la cual no rechazaron ningun medio aunque fuesen los mas infucos. Obtuvieron, por supuesto, grandes resultados, pero en general no vencieron al protestantismo, porque si el soberano por un lado queria favorecer á los jesuitas, por otro debia guardar consideraciones á los estamentos de su país. En efecto, hallándose continuamente falto de dinero, tenia que pedirlo á los estamentos, los cuales en cambio solicitaban concesiones religiosas y eclesiásticas. Así es que cuando fundó el colegio de jesuitas en su capital de Estiria concedió en el parlamento territorial reunido en Bruck á orillas del

Mur, en 1572, libertad de conciencia á las primeras ciudades de Estiria y libertad de cultos á la nobleza del país. Con esta pacificacion religiosa obtuvieron los estamentos protestantes de Estiria la misma independencia que los del Austria, y seis años despues este soberano tuvo que extender su concesion de Bruck á todos sus territorios.

Esto disgustó en gran manera á los ultramontanos. El duque Guillermo de Baviera asedió á su cuñado con reflexiones, y el papa Gregorio XIII le reconvinó y le excitó á derogar los decretos favorables á los protestantes, y á fin de facilitarle la derogacion le envió una suma de dinero bastante grande para que en adelante no tuviese que depender de los recursos que le dieran sus estamentos herejes. El archiduque Carlos, si bien no se atrevió á anular la pacificacion religiosa, la interpretó y ejecutó de una manera tan restrictiva, que vino á ser equivalente á una derogacion; mas contra esta conducta se levantaron los estamentos exasperados, hubo desórdenes y en Gratz estalló la sublevacion. El archiduque se disponia á sofocarla en julio de 1590, cuando murió.

Se ve, pues, que tambien en estos territorios hereditarios de los Habsburgos se mantuvo el protestantismo como religion dominante del país, á pesar de las tendencias del soberano y del aumento de los jesuitas. Solo en el Tirol, por la parte que correspondia al archiduque Fernando, el catolicismo no solamente conservó su dominio, sino que lo extendió con muchas conversiones.

Por lo demás los protestantes estaban convencidos de que su religion estaba en gran peligro tambien en los países austriacos.

El catolicismo se levantó entonces, no solamente en los territorios eclesiásticos y en los de la Baviera y del Austria, sino tambien en las ciudades, y en un gran número de ellas los católicos pidieron la expulsion de los predicadores protestantes, la destitucion de los concejales de esta comunión y la eliminacion de sus nombres de las listas de los ciudadanos. El hecho de que los católicos manifestaran semejantes pretensiones hasta en los lugares donde como en Biberach constituían una minoría insignificante, demostraba la fuerza y la seguridad del triunfo que animaba entonces al partido católico. Algunos condes y señores territoriales independientes habian ya sucumbido ante la influencia jesuítica y empezaron á restablecer en sus territorios el catolicismo, fundándose en su derecho de reforma como soberanos.

No pasó mucho tiempo sin que la propaganda católica consiguiera un triunfo muy propio para abrir totalmente los ojos á los protestantes. En 1590 el marqués Jacobo de Baden-Hochberg se convirtió al catolicismo, naturalmente á consecuencia de los trabajos jesuíticos, sirviendo de instrumentos el duque Guillermo de Baviera y el médico del marqués Juan Pistorio que se habia convertido antes y estaba en grandes relaciones con los jesuitas. En una palabra, despues de haberse conservado el protestantismo dos decenios en Alemania desde la promulgacion de la paz religiosa y de haberse extendido casi sin obstáculo, empezó en el tercer decenio una contracorriente que rechazó muy pronto al protestantismo en muchas partes y hasta le amenazó con sérios peligros. Bajo la direccion de los jesuitas el ultramontanismo manifestó su tendencia agresiva y pudo temerse que el desenvolvimiento de Alemania inaugurado en el año de 1555, fuera de la presion clerical, quedaria reducido á un simple episodio fugaz.

El Papa se apresuró á intervenir en este movimiento con la lisonjera esperanza de ver pronto á toda la Alemania otra vez á sus piés.

Apenas quedó decidida con el triunfo del príncipe bávaro

la cuestion de Colonia, el Papa estableció allí una nunciatura como ya existia en la córte imperial de Praga, y además otra tercera en Gratz. Así tuvo embajadores residentes en los puntos importantes del Este y Oeste del Imperio, y en la eleccion de estos representantes tuvo el mayor acierto escogiendo los mas hábiles cardenales.

Tambien adoptó una disposicion que debia llamar la atencion de toda la cristiandad, pues en ella intentaba demostrar que al Papa correspondia la autoridad suprema, no solo en lo tocante á la salvacion de las almas, sino tambien en la concesion de ventajas terrenales. En febrero de 1582 pro-

clamó por medio de la bula *Inter gravissimas* una nueva cronología en lugar de la introducida por Julio César, con la cual se habia arreglado el mundo durante mas de 1600 años. Verdad es que este calendario juliano tenia grandes defectos que desde mucho tiempo se conocian, habiendo dado lugar á muchas tareas eruditas durante siglos para la supresion de estos defectos; pero si bien es verdad que la obra del Papa constituía una mejora notable sobre la de Julio César, no hizo desaparecer completamente sus defectos, porque siempre quedó una diferencia, aunque mucho mas reducida que la anterior, entre el año civil y el astronómico,



El consejero áulico imperial Jorge Eder. Facsimile de un grabado de Martin Rota (entre 1558 y 1586)

diferencia que exigia intercalaciones periódicas si bien menos frecuentes; por manera que para la ciencia no bastaba la mejora gregoriana y para la vida civil era supérflua (1). La reduccion del primer año de la nueva correccion gregoriana, que importaba diez dias (desde el 4 al 15 de octubre de 1582) y que figuró á la cabeza de toda la reforma á fin de hacer desaparecer la diferencia entre los datos cronológicos y los fenómenos celestes, introdujo forzosamente en la vida civil la mayor confusion. Los labradores decian, segun se lee en un impreso publicado en 1584: «Ya no sabemos cuándo hemos de labrar nuestros campos ni sembrar, y tenemos que pagar rentas y tributos antes que los frutos de nuestros campos hayan llegado á madurez.» Luego añade el mismo escrito en son de burla «que los animales no harian ningun caso de este nuevo arreglo; los osos quedarán en sus cavernas hasta la primavera; las cigüeñas, el cuco y las demás aves de paso llegarán á nuestro país á su tiempo, etc.»

(1) Y sin embargo fué admitida por todas las naciones civilizadas excepto la Rusia, lo cual prueba que valia mucho mas que lo que supone el autor en su odio al pontificado. (N. del T.)

El caso fué que el Papa no se habia propuesto ni el interés general ni el científico, sino el interés eclesiástico á fin de que las fiestas cristianas cayeran invariablemente en los dias fijados por la Iglesia. Por esta razon se levantó entre los protestantes una oposicion violenta contra la nueva cronología, calificándola de obra del Anticristo. Publicáronse folletos haciéndola objeto de todas las burlas imaginables, diciendo, por ejemplo, «que el Papa se proponia que correspondieran las fiestas de los santos á los dias de su martirio, porque probablemente los tales santos darian en aquellos dias audiencia á sus devotos, y si éstos no aprovechaban la ocasion no los encontraban ya porque estarian paseándose por el paraíso.» Otros preguntaban por qué el Papa, en lugar de reformar el calendario, no preferia reformar los errores, abusos y defectos de la Iglesia romana, y por qué no suprimia la conducta infucua, deshonrosa y torpe del clero, cuyas abominaciones y pecados clamaban ya hacia siglos al cielo. En todos los escritos anti-papistas se calificaba de obra de Satanás todo lo que procedia de Roma, y se sostenia que por lo mismo debia rechazarse aunque en apariencia fuese bueno, por-